

ciales, así como José llenó cumplidamente los designios de la Providencia sobre la tierra, siendo, como habeis visto demostrado, digno Esposo de la mas santa de las mujeres, y celoso Padre adoptivo del Redentor de la humanidad, siendo el siervo fiel y prudente que mereció ser constituido por el Señor, cabeza y gefe de su familia: *Fidelis servus et prudens quem constituit Dominus super familiam suam.*

Glorioso Patriarca: dignaos aceptar la tierna devoción que os profesamos, y en premio de ella concedednos vuestra proteccion, á fin de que permanezcamos firmes en las creencias católicas y no nos dejemos seducir por los enemigos de nuestra salvacion. Que alcancemos vuestro patrocinio en la vida, y principalmente en la hora de la muerte, con lo cual esperamos confiados entrar en la bienaventuranza de la Gloria. *Amen.*

SERMON PANEGIRICO

DE

SAN JUAN, EVANGELISTA ⁽¹⁾.

In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis; si dilectionem habueritis ad invicem.

En esto conocerán todos que sois mis discipulos; si tuviereis caridad entre vosotros.

Joan. cap. XIII, v. 33.

Ilustre y venerable Hermandad: La caridad es el distintivo que caracteriza la divina religion que tenemos la dicha de profesar. Ella es el origen fecundo de todas las grandes y heroicas empresas que inspira, y la poderosa palanca que sostiene y da vida al edificio de la verdadera piedad. Los mismos enemigos del catolicismo, que le han combatido sin tregua ni descanso, hánse visto obligados á confesar que á esa caridad, encarnada, digámoslo así, en los corazones de los verdaderos discípulos del Crucificado del Gólgotha,

(1) Pronuncié este discurso en la solemne funcion de instalacion que la nueva Hermandad de socorros de tipógrafos de Madrid, celebró en la iglesia de San Antonio del Prado el dia 27 de noviembre de 1859.

ha sido debido el heroísmo que resplandece en nuestros santos héroes.

El divino Nazareno, que dedicó los últimos años de su vida entre los hombres á combatir los antiguos errores, la soberbia que tan hondas raíces habia echado en los corazones y la ambicion que venia á ser como el alma de la sociedad, fundó toda su doctrina y nueva religion en la sólida base de la caridad. El que lleno de caridad dispensó beneficios sin cuento á las criaturas, y pendiente del árbol de la cruz pidió á su eterno Padre perdon para sus enemigos, y lo otorgó al ladrón que arrepentido de sus culpas, y en el acto de expiar sus crímenes, confesó su Divinidad, nos enseñó con su ejemplo y su doctrina á practicar esta virtud hermosa, y dijo terminantemente que queria que sus discípulos fuesen conocidos en el mundo por el amor que mutuamente se profesasen: *In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis; si dilectionem habueritis ad invicem.*

Con razon, pues, creo poderos felicitar, individuos que componeis esta nueva congregacion. El pensamiento que habeis concebido y llevado felizmente á cabo, es un pensamiento religioso al par que humanitario: es cristiano y civilizador. Bien pudierais en vuestro deseo de socorredos mutuamente en vuestras aflicciones y enfermedades, haber formado una sociedad puramente civil sin darle carácter religioso: empero vuestra fé, vuestra piedad, los sentimientos cristianos de vuestros corazones, os obligaron á buscar en la religion el protectorado de vuestros santos y humanitarios fines, y no creo os parecerá lisonja si os digo que hasta en la eleccion del santo habeis estado acertadísimos. Una asociacion de cari-

dad, cuyo objeto es socorrerse mutuamente sus individuos, que viven unidos por estos vínculos sublimes, establecida bajo la proteccion del apóstol por excelencia de la caridad, San Juan, el amado entre los discípulos de Jesucristo, el depositario de sus secretos, el mártir del amor, necesariamente prosperará y dará benéficos resultados.

Estoy, pues, en el deber de haceros conocer las grandes virtudes y merecimientos del Apóstol y Evangelista San Juan, á quien el Salvador se dignó enriquecer con abundancia de dones y gracias, y haciéndoos ver cuanto le ama Jesucristo, comprendereis que si os haceis acreedores á sus favores, conseguireis por su mediacion que se arraigue en vuestros pechos la virtud santa de la caridad cristiana, que es ciertamente el principio de nuestra justificacion, y que os hará ser conocidos por verdaderos discípulos del Salvador. *In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem.*

Tal es el asunto que me propongo desenvolver en este breve rato, etc. *Ave María.*

PARTE ÚNICA.

Son en verdad admirables y dignos de la mayor atencion los sucesos que están enlazados con la historia del héroe á quien tributamos estos solemnes cultos. Cuatro mil años habia esperado el mundo el cumplimiento del anuncio de Jehová en el paraíso. Durante ellos multiplicáronse las profecías que anunciaban al mundo la venida del Reparador.

Llegó un dia, dia en verdad feliz para la humanidad, en el cual se cumplieron los vaticinios: evá-

cuanse las figuras del Testamento antiguo: el Cordero dominador viene del desierto, la tierra germina al justo, y el Verbo de Dios desciende de su real trono y hecho hombre habita entre nosotros en calidad de rey manso y pacífico, cumpliéndose en él á la letra los vaticinios de Zacarías y los demas profetas.

¿Y cuál fué, señores, la mision de Jesucristo sobre la tierra? Salvar á la humanidad con el sacrificio de su vida, civilizando al mismo tiempo á las naciones con una doctrina sublime y celestial, pero hasta entonces desconocida.

Cuando llegó el tiempo en que Jesucristo debía empezar la carrera de su predicacion, rodéase de discípulos, y no fué á buscarlos en el Areópago, en el Senado, en el Pórtico ni en el Liceo; toda la sabiduría humana, de nada hubiera servido para llevar á cabo la revolucion moral mas grande y extraordinaria que vierón los siglos. Los discípulos de Cristo, los que habian de ser sus apóstoles, habian de quedar encargados de predicar por todo el mundo y en las sinagogas ante los mismos que condenaran al Divino Maestro. Por sus lábios, todas las provincias, mejor diré, el mundo todo habia de oír una doctrina opuesta á sus inclinaciones, á los sentimientos de sus corazones y á las creencias de su educacion. A estos hombres que habian de admirar á las naciones, los busca Jesucristo á las orillas del mar. Eran pobres pescadores, sin reputacion entre las gentes, ni ilustracion, ni mas bienes que sus miserables barquillas y sus redes. Era obra de Dios y Dios se encargó de dotarlos oportunamente de valor y de sabiduría.

Entre aquellos felices varones que tuvieron la glo-

ria de ser llamados al Apostolado, resplandece cual brillante lucero entre las estrellas, Juan, el discípulo á quien amaba Jesus, título harto honorífico y glorioso que el mismo se dá en el Evangelio. No permita Dios que por enaltecer la gloria y los privilegios de nuestro santo Apóstol, rebaje en lo mas mínimo el mérito de sus compañeros en el ministerio santo del Apostolado: y si he dicho que Juan resplandeció entre los demas, es por que el mismo colegio sagrado donde se halla consignada la historia de la predicacion y muerte de Jesucristo, así nos lo hace conocer, presentándole como depositario de los secretos de su Maestro, y al que mayor amor profesaba entre todos, y esto en términos que cuando los apóstoles deseaban saber alguna cosa del Señor, lo decian á Juan para que este, que gozaba de todo su favor, se lo preguntase.

No es de estrañar: Jesucristo, que era la santidad por esencia y la pureza misma, preferia á Juan y le distinguia entre los demas apóstoles, segun la opinion de San Gerónimo, por su inocencia y virginidad; y la fidelidad con que le seguia á todas partes, da á conocer suficientemente que el amor era recíproco, y que si el maestro le dispensaba tantas distinciones, él sabia corresponder amándole con todo el afecto con que es capaz de amar una criatura.

Dichoso Apóstol que así consiguió por la pureza de sus costumbres, por su inocencia y bellas cualidades ganar de un modo tan extraordinario el corazón del Salvador. Solo un hombre, vírgen en el cuerpo, vírgen en el alma, vírgen desde su niñez, pudo tener, dice un sábio contemporáneo, la honra de posar su cabeza sobre el pecho del Divino Salva-

dor y beber allí los puros raudales de una ciencia infinita.

Jesucristo que durante los años de su predicacion se ejercitó en dispensar beneficios sin número á las criaturas, que lleno de caridad efectuaba á cada paso prodigios admirables, dando vista á los ciegos, habla á los mudos, agilidad en sus miembros á los parálíticos y tullidos, y vida á los muertos, quiso que San Juan fuese testigo de todas estas obras. Si cura á la suegra de San Pedro, si resucita á la hija de Jairo, Juan está en su compañía; ¿cuándo, en qué ocasion no le dió la preferencia? Trasladémonos con nuestra consideracion al Tabor en aquellos solemnes momentos en que Jesucristo se transfiguró, y veremos que Juan es uno de los tres privilegiados discípulos que dice, para que sean testigos de esta prueba nada equívoca de su divinidad, y de los celestiales resplandores que rodeaban su santísimo rostro. El fué el enviado en compañía de Pedro á Jerusalem la víspera de la pasion, para preparar todo lo necesario para la celebracion de la última cena.

Fijemos nuestra imaginacion en el Golgotha á la muerte del Redentor de la humanidad: ¡momentos terribles sobre toda ponderacion! El inocente Isaac habia llegado al monte del sacrificio cargado con el pesado leño. La turba judáica que estaba sedienta de sangre, habíase apoderado del mansísimo Cordero y cual lobos hambrientos se arrojan sobre la divina víctima: en vez de las melodías de soberanos espíritus, oye tan solo blasfemias de manchados lábios: resuenan por los aires los golpes del fatal martillo, y crucificado el Salvador es levantado en la cruz y esta arro-

jada en el agujero de la peña á presencia de la multitud. ¿Donde están en estos momentos los discípulos del Salvador? ¿Dónde aquellos que antes con tanta caridad habia socorrido? Pero, ay, que ya antes lo habia dicho, que al ser herido el Pastor se dispersarian las ovejas. ¿Y no habrá quien sin temor de ser conocido por discípulo del que cual criminal pende de la Cruz, le acompañe en sus terribles padecimientos? Sí, mis hermanos, allí está nuestro apóstol: allí está Juan, ese discípulo fiel que llora amargamente por la muerte de su maestro y que no se separa un momento de la afligida Madre, que mas afligida y llena de desconsuelo que la Madre de los Macabeos, permanece inmóvil cabe el leño de la Redencion.

Recordemos para gloria de nuestro santo Apóstol y para nuestro consuelo aquellas palabras de Jesus agonizante: aquella cláusula de su último Testamento: *Ecce filius tuus.... Ecce Mater tua*. Juan debe hacer en adelante con María los oficios de Jesus: reemplaza al divino Hijo de Maria, y esta queda en el mundo confiada á sus cuidados. ¡Oh qué destino tan noble! El habla en favor de nuestro Santo Apóstol mas alto que cuanto pudiera esplicar toda la ciencia, toda la sabiduría de los mas elocuentes oradores.

Grande fué en verdad el destino de mi amado Padre el príncipe de los Apóstoles: fué constituido cabeza visible de la Iglesia, y legislador supremo de ella con todo poder, autoridad y doctrina para regir y gobernar á ovejas y pastores: Pablo fué elegido vaso de eleccion, y tuvo la gloria de trabajar mas abundantemente que sus compañeros en la predicacion del Evangelio: empero cuando considero á Juan elegido entre todos para custodio y compañero